

La iniciativa privada como fundamento del progreso

Juan F. Bendfeldt

A juicio del autor del presente artículo, el espíritu empresarial, que acompaña a la iniciativa privada, ha estado siempre presente en el desarrollo histórico de la humanidad. Ha sido causa determinante del progreso.

Todos los hombres tienden a desarrollar este rasgo, aunque no en la misma medida. El avance de la civilización sólo se logra siempre que en una sociedad florezca la libertad para los individuos y las empresas.

* * *

QUE LA HUMANIDAD ENTERA HA PROGRESADO es un hecho indudable. Con una población mundial que ya rebasa los 5.000 millones de personas, queda demostrado el progreso. Se han dejado atrás pestes y plagas; en el último siglo se han duplicado las expectativas de vida; las ciudades y la civilización han dado sus frutos como nunca antes. Lo que hace tan sólo unas décadas era posible para unos cuantos, hoy lo es para muchos; el desplazamiento de muchas personas a grandes distancias, las telecomunicaciones y la televisión, los productos químicos, fertilizantes y farmacéuticos, la energía eléctrica, los motores de combustión interna, etc., son los milagros del progreso de la era moderna.

No comprendiendo que tales avances han sido posibles sólo gracias al crecimiento de la población que el progreso mismo permite, le achacamos hoy en día otros problemas a este factor. Se habla, por ejemplo, de la explosión demográfica como de una maldición, del crecimiento de las ciudades como sinónimo de deterioro del nivel de vida, de la visible riqueza de algunos como la fuente de la miseria de otros, de la concentración de la tierra en pocas manos como una enfermedad.

Parece que rehusamos ver lo que es evidente para los estudiosos de la historia, dando por sentado que todas esas cosas que existen y que hacen nuestra vida más cómoda, siempre han existido: las medicinas, los radios, las fábricas, las fincas, los aeroplanos, las motocicletas, etc. Nos consideramos con cierto derecho a los beneficios del progreso, dando por sentado que el hecho de que esté ahí, disponible en abundancia aparente, nos permite gozarlo sin más. Se ha llegado hasta el extremo de dar por sentado el cambio y la innovación; los más grandes descubrimientos, considerados como milagros en otras épocas, ya se consideran parte de la vida diaria.

II TRIMESTRE 1990

Que nos hayamos olvidado de cuál es la fuente del progreso es una tragedia. Ciegos a los hechos, hemos continuado probando recetas que resultan ser las mismas ideas primitivas de hace milenios. Niegan a los individuos la oportunidad de la máxima realización de sus facultades, y sin embargo, ¡se proclaman como progresistas! Se sigue creyendo que las personas humildes y pobres son tontas, no saben lo que es bueno para ellas, y hay que dirigirles; o peor aún, que son malas por naturaleza y hay que controlarlas.

Muchas de las recetas sociales no son sino las mismas ideas viejas que parten de negar la libre iniciativa individual como fuente del progreso. En aras del "progresismo" se ha degradado al hombre a su estado más primitivo.

No comprender las bondades del elusivo progreso, fruto del avance en el descubrimiento de normas de conducta social que son tan sólo la continuación de las tradiciones de la ética judeo-cristiana, es una vergüenza. ¡Que todavía haya pobreza es una vergüenza! Las escuelas, muchas universidades y algunas iglesias, en lugar de proteger esos valores a través de su estudio y perfeccionamiento permanente, han resultado ser la fuente sistemática de su degradación. La moda académica ha llegado a convertirse en la fuente de perversion de las nuevas generaciones y el catecismo en la "concientización" de los pueblos.

Muchos de los esfuerzos científicos en el área social niegan, o no tienen en cuenta la naturaleza ética del hombre que es capaz de emitir juicios propios sobre lo que le conviene, sobre lo bueno y lo malo. Son por lo tanto, irrelevantes, contradictorios y hasta peligrosos para la supervivencia humana. Uno de esos peligros, por ejemplo, es la exagerada dependencia de los gobiernos de la macroeconomía. Imaginen ustedes la siguiente contradicción: si nace un chivo las estadísticas oficiales lo registran como un avance; subió el Producto Interno Bruto. Si nace un niño, el más sagrado acontecimiento del seno de la familia, misteriosamente el país se empobrece. Al dividir el Producto Interno Bruto entre una población que creció, el ingreso per cápita se reduce. La conclusión a la que se tiende en ese análisis es la necesidad de reducir el aumento de la población, a veces llegando a métodos que violan las más elementales normas éticas de respeto a las personas.

Pero no siempre se le dio la espalda al progreso. Para los científicos del siglo pasado los cambios del progreso eran evidentes y muchos de ellos llegaron a comprender las fuerzas que lo provocaban. La historia lo ha relacionado con el advenimiento de la era de la máquina y la industria; de allí que haya recibido el nombre de Revolución Industrial. Esa, sin embargo, no es sino una visión parcial del fenómeno. Otros pensadores sociales proveyeron un mejor diagnóstico. No eran las máquinas sino un proceso de liberación de las fuerzas que se encuentran en cada uno de nosotros, y que se presentan cuando se les da la oportunidad.

El filósofo inglés Herbert Spencer, a quien algunos señalan como fuente de inspiración del "evolucionismo social" que desembocó en el perverso racismo que culminó en la Segunda Guerra Mundial, hizo la apología siguiente:

*La iniciativa privada ha hecho mucho y bien. Ha desmontado, desaguado, fertilizado nuestras campiñas y edificado nuestras ciudades; ha descubierto y explotado minas, trazado rutas, abierto canales, construido caminos de hierro (el ferrocarril) con sus trabajos de arte; ha inventado y llevado a su perfección el arado, el oficio de tejer, la máquina de vapor, la prensa, innumerables máquinas; ha construido nuestros navíos, nuestras inmensas fábricas, diques y puertos; ha formado los bancos, las compañías aseguradoras, los periódicos; ha cubierto el mar de una red de líneas de vapor; y la tierra de una red eléctrica. La iniciativa privada ha conducido la agricultura, la industria y el comercio a la prosperidad presente, y actualmente la impulsa en la misma vía con rapidez creciente. ¿Es por esto que desconfían de la iniciativa privada?*¹

Spencer escribió en la segunda mitad del siglo XIX. Varios años antes, en 1847, un joven alemán de 29 años hizo la siguiente descripción del impacto de la Revolución Industrial en el desarrollo de la era moderna. Fue publicado anónimamente al año siguiente y forma parte de un documento que sirvió como plan de acción de un grupo internacional de jóvenes intelectuales de Europa. La Revolución Industrial, iniciada a fines del siglo anterior, ya para entonces era un cambio cualitativo incuestionable. Este es el relato de alguien que fue testigo:

*La burguesía a lo largo de su desarrollo que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telegrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras que surgieron por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitaran en el seno del trabajo social?*²

"Los medios de producción y de cambio, sobre cuya base se ha formado la era moderna fueron creados en la sociedad feudal. Al alcanzar un cierto grado de desarrollo estos medios, las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, la organización feudal de la agricultura y la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de producción, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas, y las rompieron".

*"En su lugar se estableció la libre concurrencia —la libre competencia— que, con una constitución social y política adecuada a ella, inicia la época moderna"*².

Este fragmento, sin duda alguna una elocuente y vívida descripción del progreso causado por la libre empresa —la libre iniciativa— ha quedado en el olvido. Su autor fue nada menos que Karl Marx. ¿Qué fue lo que sucedió? ¿Cómo es posible que habiendo visto y vivido los beneficios del progreso, y habiendo identificado la fuerza que lo provocaba, se haya hecho caso omiso de ella?

Karl Marx, al igual que muchos otros intelectuales, creyó ver un origen distinto en los grandes movimientos históricos. El creyó ver un proceso evolutivo de la historia, provocado por el conflicto entre distintos grupos

1/ Herbert Spencer. *Ensayos de Moral, Ciencia y estética*, Madrid, 1902.

2/ Karl Marx. *El Manifiesto Comunista*. Aparecido en Londres, 1848. Fragmentos del Cap. I. La traducción es propia. Puede sustituirse la frase "la burguesía" por "la era moderna", y "la libre concurrencia" por "la libre empresa".

sociales. A la voluntad del individuo no le quedó lugar en su ideología, y ese fue su principal error.

Ese mismo prejuicio de los intelectuales sigue presente hoy en día. En gran medida, a esa influencia se debe que no veamos que la libre iniciativa florece siempre que se le da la oportunidad. No hay error más grande, por ejemplo, que hablar de “los milagros económicos”, frase que se usa para referirse al éxito de Alemania Occidental en su reconstrucción de la postguerra; al Japón, a Taiwán, a Corea del Sur, y, a Singapur cuando se habla del despegue de la periferia del Pacífico asiático; también se le aplicará en el futuro próximo a Sri Lanka, Tailandia y la Costa de Marfil, cuando esos “milagros económicos” reciban alguna publicidad. Y digo que es un error hablar de “milagros económicos” porque milagro significa algo inexplicable e incomprensible por la razón.

Para quienes han comprendido que el fundamento del progreso es la iniciativa privada —la libertad para que todos puedan buscar su felicidad— no hay misterio en el éxito. El progreso es una simple consecuencia de las decisiones de todos los que buscan mejorar su propia condición, en un ambiente de respeto a los demás.

¿Qué es la libre empresa como sistema social? se preguntarán algunos. La respuesta es muy sencilla: dejar a las personas en paz para que cada una pueda buscar su felicidad. No ofrece ninguna garantía de que todos tengan éxito, pero sí garantiza que aquellos que lo hagan causen grandes beneficios a todos los demás. En el marco social adecuado, cada uno de nosotros, emitiendo juicios éticos, busca lo que es mejor para sí mismo y su familia; y de una manera aparentemente misteriosa, esos beneficios se multiplican y trasladan a los demás miembros de la sociedad, aún cuando nunca haya sido nuestra intención.

Así como siempre ha habido empresarios, siempre ha habido propiedad. La propiedad es el fruto del trabajo libre y de las facultades que Dios ha dado a cada uno. La ciencia económica únicamente describe qué es lo que hacen las personas con su propiedad cuando son libres; o cómo luchan por sobrepasar los obstáculos que se encuentran a su paso. Es así como se crea la riqueza, se produce lo que no existía en la naturaleza. Es así como cooperan las personas entre sí, especializándose en distintas tareas con lo que misteriosamente aumenta la eficiencia de todo el sistema social. De esa interacción surgen el comercio, el dinero, los precios, y los beneficios o utilidades y las pérdidas. A través de esos mecanismos de orientación económica es que se guían las personas libres en su proceso de escogencia. Es así como venden su trabajo, adquieren obligaciones, hacen contratos, producen, y finalmente consumen.

Pero no todo lo que se produce se consume. La persona que desea mejorar es previsora del futuro. Guarda, ahorra, invierte, y se sacrifica en el presente porque espera estar mejor en el futuro. Es a través del ahorro —el sacrificio que espera ser premiado— que la riqueza de unos se pone al servicio de otros, que a su vez la hacen multiplicarse. ¿Qué es lo que mueve a las personas a formar el capital y a multiplicarlo? Solamente el que exista la oportunidad para que su trabajo y sacrificio sea premiado socialmente.

Y con esto me refiero no solamente a los incentivos económicos —la ganancia, utilidad o beneficio— sino al reconocimiento y aprecio público del éxito, a la erradicación de la envidia y la censura que ha estimulado el prejuicio anti-empresarial.

Cuando desde los púlpitos se señala a los empresarios como “chupa-sangres” se despiertan fuerzas perversas que reprimen el progreso. Cuando no están presentes los estímulos sociales al éxito de la libre iniciativa, el capital no se crea, la riqueza no se produce, y el proceso económico se estanca. Pero peor aún; cuando se amenazan los derechos al disfrute pacífico de la riqueza previamente producida —el capital, la propiedad, el patrimonio familiar— sus dueños ya no la hacen disponible para el usufructo de otros; la consumen, la destruyen, condenando con ello a toda la sociedad a una regresión en el nivel de vida de todos.

Se preguntarán si el sistema de organización social que existe en el país es el de libre empresa. Hay un régimen de propiedad, hay instituciones organizadas para hacer prevalecer el derecho y la ley, hay empresas y muchas actividades empresariales, existen bancos y programas de fomento al ahorro. En fin, existen en apariencia muchos de los elementos que hemos mencionado como parte importante del sistema que deseamos. Pero también es cierto que hay grandes contradicciones entre lo que existe y la forma en que actualmente funciona y como podrían estar las cosas en un sistema de verdadera libre iniciativa.

La libre iniciativa también se describe como el sistema de libre empresa; pero no es lo mismo libre empresa, que se refiere siempre a la libertad que deben tener todos los individuos para ir en pos de sus sueños, que libertad para las empresas. La libre empresa incluye la libertad dentro de la que se desenvuelven las actividades de las empresas; pero, puede haber libertad para las empresas sin que haya libertad para todos. En nuestros países latinoamericanos muchas veces se han dado situaciones de gran libertad para las empresas, pero lamentablemente eso ha significado una reducción de la libertad general y un perjuicio económico para los consumidores y trabajadores. Es importante distinguir entre la libertad verdadera y los simples privilegios que concede el poder público.

Ha habido empresarios desde siempre, en todos los sistemas de organización social, mientras que la empresa o sociedad mercantil es un fenómeno menos generalizado y característico de la era moderna. El empresario es toda persona capaz de ver posibilidades de beneficio social allí donde otras no las ven. El empresario toma decisiones para organizar las fuerzas del trabajo de una nueva manera, o para producir un nuevo bien o servicio, y en el proceso obtener un beneficio para sí mismo. La empresa es una forma organizada de cooperación entre distintas personas y una forma para financiar esa colaboración. Puede muy bien haber empresas sin espíritu empresarial. Observen a las empresas estatales y se encontrarán esa aparente contradicción.

La humanidad no habría progresado si en todos los tiempos y lugares no hubiese habido individuos, hombres y mujeres, dispuestos a experimentar, a descubrir, a arriesgar, o a aprovechar situaciones fortuitas en las

que alguien ve lo que otros no pueden ver. El espíritu empresarial se encuentra en todos, si bien en forma desigual. Así como hay quienes tienen talentos particulares para ser excelentes talladores de muebles, o músicos, o matemáticos, o agricultores, hay también quienes poseen el escaso don del espíritu empresarial más que los demás. De la misma forma en que es de interés social que el tallador nos brinde el fruto de sus manos, y el músico nos permita el gozo de su melodía, y así el fruto del trabajo de todos, también es de interés social permitir que el talento empresarial florezca y nos brinde sus beneficios. En ese sentido, tan empresario fue Cristóbal Colón como Henry Ford. Vean a su alrededor y encontrarán el espíritu emprendedor por todas partes. Grandes empresas que comenzaron pequeñas, pequeñas empresas que están haciendo esfuerzos por sobrevivir a la crisis, micro-empresas familiares que surgen porque los salarios ya no son suficientes. Dentro de muchos de ustedes hay un empresario oculto. ¿Qué necesitan para salir a la luz?

Hay una forma natural de organización social que permite el florecimiento de la libre iniciativa, alienta el espíritu empresarial, y al hacerlo produce el "milagro económico". Algunos le han llamado el sistema de libre empresa, otros le han llamado la sociedad abierta, otros se refieren a su funcionamiento como la economía de mercado, sus enemigos le llamaron capitalismo.

El espíritu emprendedor sólo logra producir los máximos beneficios a la sociedad cuando existe una economía competitiva. En otros sistemas, como el de la economía "mixta" de los social-demócratas y demócrata-cristianos, o la economía corporativa de los fascistas italianos o alemanes y los falangistas españoles de la primera mitad de este siglo, o el de la planificación centralizada de los socialistas de todos los matices, se cierran algunos, muchos o casi todos los caminos para la actividad empresarial. Es entonces cuando el espíritu empresarial se pervierte y se desvía de la inocente labor de producir beneficios sociales hacia la obtención de privilegios del Estado. La intervención administrativa de la burocracia dificulta o impide la innovación y la renovación. El empresario, en vez de buscar el beneficio, piensa en hacer carrera de burócrata, o si no tiene conciencia, corre tras el soborno, la mordida, el peculado y el cohecho.

La situación del país, similar a la de muchas otras naciones que se debaten, hasta con violencia, en un intento por decidir qué camino seguir, dista mucho de lo que podemos vislumbrar que sería el camino a la paz y al progreso. Estamos en medio de una gran batalla en la que se presentan dos lados opuestos: El lado de la verdadera revolución, "que aún no hemos logrado probar ni una sola vez", y que es el de la libre iniciativa; y, el de la negación de la libertad individual para retornar al milenarismo concepto del poder totalitario.

Actualmente la economía presenta una mezcla de tradiciones, imposiciones y el mercado funciona a pesar de las trabas que hemos puesto en su camino. Hay grandes diferencias entre el sistema de libre empresa y nuestro sistema económico actual.

Por ejemplo, la participación del gobierno va más allá de las funciones que libremente los ciudadanos le habrían conferido en un ambiente de respeto recíproco. El gobierno se halla confundido en muchas funciones que

no le son propias, disfrazado bajo el nombre de Estado. Ya no es simplemente el árbitro y quien aplica las reglas del juego de la libre empresa, sino que se ha convertido en jugador, o en participante oculto en el juego.

Las decisiones gubernamentales, en todos los niveles, determinan qué producir, cómo producirlo, y cómo y cuándo colocarlo en el mercado y en qué condiciones. Todas éstas son funciones de los empresarios y consumidores, no del gobierno. Las compras del gobierno, de las entidades estatales, municipales, de las empresas públicas, ya son tan importantes que encausan el destino de muchas tareas productivas y dejan en el proceso muchas actividades empresariales sin los recursos para llevarse a cabo.

Claramente podemos ver que en las últimas décadas las acciones del gobierno se han multiplicado y su participación ha sido mayor que la necesaria para que funcione un sistema de libertad de empresa. ¿Cómo podemos explicarnos esa expansión dentro del ámbito económico? Yo creo ver tres factores importantes:

1. Muchos creen que la intervención del gobierno hace funcionar las cosas mejor. La verdad, sin embargo, es que se introduce un costo social innecesario que a la larga hay que pagar con un menor nivel de prosperidad. La intervención de cualquier agente extraño, como es el gobierno, en el proceso económico interfiere en la comunicación natural que existe entre todos los participantes del mercado.

Un ejemplo del costo social oculto de la intervención coactiva del gobierno es el sistema de seguridad social. Su objeto es el bienestar del trabajador y de sus dependientes; nadie discute su validez. Lo que se discute es si es el gobierno el medio más adecuado para lograrlo.

El fomento a la participación del gobierno es resultado de decisiones de personas bien intencionadas que sinceramente creen estar actuando de conformidad con los más loables intereses de la sociedad. La más grande tentación que confrontan los que desean ayudar a sus semejantes es el poder del Estado. El que hoy en día nos encontremos a muchos religiosos metidos en cuestiones de política, más allá de lo que podríamos llamar "su deber de participación como un simple ciudadano", es un síntoma de esta tendencia. Los religiosos que buscan en el poder que concentra en sí el aparato estatal un expediente para tratar de lograr sus propios fines morales o caritativos se olvidan de que la naturaleza de los medios, el poder estatal, acaba por definir los fines.

"Cuando el Estado sustituye al imperativo moral que mueve a todas las personas de buena voluntad, en una sociedad libre, hacia el sacrificio de lo propio en beneficio de los más necesitados, los desafortunados y de quienes han errado el camino, priva a la sociedad de uno de sus valores esenciales: la caridad"³. No hay caridad mediante la compulsión de la fuerza implícita en el Estado. Un sistema verdaderamente cristiano debe ser de libre iniciativa, sobre todo en el aspecto de la asistencia a los más necesitados. Si es a la fuerza, ya no es cristiano en su esencia.

3/ Juan F. Bendfeldt. "La Más Grande Tentación", No. 597 de Tópicos de Actualidad, CEES, Guatemala, 1986.

El economista Milton Friedman, premio Nobel en Ciencia Económica, se expresa así del problema de la intermediación del Estado:

El gran movimiento hacia el gobierno no ha sido el resultado de personas con intenciones diabólicas que tratan de hacer el mal. El crecimiento del gobierno se ha debido a que la gente ha tratado de hacer un bien, pero el método por el cual han querido hacerlo ha fracasado. En primer lugar, nunca gastamos el dinero de otros con el cuidado que gastamos el propio; por lo tanto, una gran fracción de ese dinero se pierde. En segundo lugar, no se puede hacer el bien con el dinero de otros a menos que primero se lo quitemos.⁴

2. La ignorancia de los mecanismos espontáneos del libre mercado ha dado como resultado que los problemas económicos se vean aislados, y no en términos de su relación con el sistema económico total. En consecuencia, muchos de los programas gubernamentales son diseñados para tratar problemas aislados, individuales, o de sectores poblacionales. Este proceso da origen a políticas conflictivas, y por otro lado, deja vulnerable el poder público a las presiones de grupos de influencia.

Las intervenciones de la burocracia en el sistema de precios tal vez sean la evidencia más contundente de este problema. El gobierno, ante las presiones sindicales, o de otros grupos de interés, fija los precios de venta de muchos productos. Ante situaciones como la inflación monetaria y su efecto de erosión del poder adquisitivo del salario por las alzas de los precios —un fenómeno de exclusiva responsabilidad de la banca central estatal— mucha gente reclama que se suban los salarios, pero que los precios permanezcan inalterados. Una y otra vez el gobierno intenta llevar esto a cabo, en última instancia intentado que los empresarios no “lucran tanto” y que disminuyan sus ganancias.

En este análisis hay un gran error. Todos los precios de los productos o servicios que están disponibles son fundamentalmente pagos de salarios agregados a través del proceso económico. Según lo refiere M. F. Ayau: “Estudios hechos desde el siglo pasado y confirmados por la experiencia contemporánea demuestran que lo que queda disponible del ingreso de la industria manufacturera para remunerar al personal (sueldos y salarios) y a los dueños del capital se reparte aproximadamente en las proporciones siguientes: 87.5% para remuneración al trabajo, y 12.5% para dividendos y reinversión”⁵. De esto se puede concluir que aunque se decidiera eliminar totalmente las ganancias, apenas alcanzaría para aumentar la remuneración del trabajo un 14.3%. Y eliminar las ganancias, o reducirlas compulsivamente, implica necesariamente la destrucción y deterioro del sistema económico en sí. Nadie produce e invierte deliberadamente para que otros gocen del fruto de su esfuerzo.

Pero el problema va mucho más allá. Cada programa de gobierno tiene algún, poco o mucho efecto en todo el aparato económico. A través de

los años, los programas que empiezan pequeños tienden a crecer y ya nunca más desaparecen. Esto hace que su costo social vaya siempre en aumento, muy por encima de todos los supuestos beneficios.

3. La razón principal para la expansión de las funciones del gobierno ha sido siempre la noción de que las personas no son quienes mejor juzgan lo que es bueno para ellas. En tiempos recientes, algunas disciplinas de las ciencias sociales han popularizado la idea de que el individuo no es responsable realmente de sus actos. Se justifica la conducta antisocial, por ejemplo, en la pobreza y sus sinsabores, en algún trauma de la infancia, en no tener padres perfectos, o hasta en las malas dietas. Poco a poco, se ha llegado a pensar que es la sociedad la que es responsable de la conducta de sus miembros, actuando a través del gobierno.

Pero, en ese razonamiento hay un grave error. ¿Quién es el gobierno? Son individuos también, naturalmente imperfectos como nosotros, capaces de equivocarse y de corromperse, de no tener suficiente información o suficiente interés. Es decir, el gobierno, como un grupo de personas, tiene los mismos defectos que tenemos los sencillos ciudadanos desde la llanura, a quienes pretende sustituir.

Debo enfatizar nuevamente en que tampoco aquí el conflicto es entre hacer el bien y hacer el mal. El conflicto es sobre quién es el mejor juez para decir qué acciones son buenas y cuáles son malas. En un sistema de libre iniciativa, esas decisiones son tomadas por las propias personas, sobre sí mismas y sobre lo que es de ellas, dentro del marco legal.

En un sistema en que a los individuos se les releva de ese poder de decisión, se tiene que recurrir a órdenes e imposiciones para hacer que las personas actúen conforme a las decisiones que toma el gobierno. La libre empresa es el sistema en que se parte de reconocer que cada uno de nosotros es capaz de tomar decisiones —siempre con riesgo de errar, pero en un marco totalmente distinto al que rodea a las personas del gobierno. En la libre empresa, existe siempre la expectativa de algún beneficio, premio o recompensa si se actúa acertadamente; y, a la vez, existe siempre el riesgo de tener que pagar algún costo, o aceptar algún castigo si nos equivocamos.

El burócrata y el político que deciden por lo demás no poseen esos estímulos al acierto. El costo de sus errores siempre recae sobre los demás, no sobre ellos o su patrimonio. Ellos solamente reciben los beneficios del poder, los que se multiplican en la medida en que se extiende sobre la vida de las personas. El mayor estímulo se produce al pervertir la función pública con el beneficio de la mordida, la comisión, y la venta de privilegios.

La corrupción y la ineficiencia son parte de la esencia de todo sistema sustitutivo del respeto a la dignidad de las personas en las decisiones que toman.

Si se comprenden los errores que han dado origen a estos tres factores que han contribuido a distanciarnos más de un sistema de libre iniciativa, es posible resumir todas las diferencias en lo siguiente:

¿Cuál de los dos sistemas es mejor?

a) El que obliga a los políticos y burócratas a tomar decisiones sobre lo ajeno, que nos afectan a todos. Este sistema no impone un costo a los

4/ Milton y Rose Friedman. *Libertad de Elegir*, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1980. Nombre original *Free to Choose*.

5/ Manuel F. Ayau y Gonzalo Asturias M. *Cómo mejorar el nivel de vida*, Editorial Piedra Santa, Guatemala, tercera edición.

errores que se cometen, y además despierta las mismas fuerzas que lo corrompen.

b) El sistema que hace que cada uno de nosotros tome decisiones sobre sus propios asuntos, utilizando solamente lo que es propio. Se corre el peligro del castigo si no se beneficia con nuestros actos a la sociedad.

Mientras que el empresario en una sociedad competitiva sólo puede tener ganancias si con su esfuerzo ha producido un beneficio mayor a la sociedad entera, el burócrata no tiene nada que perder, y si todo por ganar, indistintamente de si con su trabajo beneficia o perjudica a los demás. Sólo hay dos sistemas: llamemos al primero dirigismo, indistintamente del nombre con que esté disfrazado en el proceso político-ideológico; y al segundo llamémosle de la libre iniciativa.

Comprendido en estos términos sencillos, resulta que el sistema de libre empresa es el que conduce con más facilidad y menor costo al progreso y al bienestar de toda la sociedad. Es en el dirigismo en donde es verdad el refrán milenario de que "la riqueza de unos es la causa de la pobreza de otros".

Un error de quienes defendemos el sistema de libre empresa o de libre iniciativa ha sido hablar demasiado del éxito económico que logra alcanzar. Si bien es cierto que es exitoso, el énfasis en lo material es una visión incompleta que ha dado lugar a una crítica también parcializada. Es cierto que el hombre es una persona integral, que trasciende el plano meramente material; pero, también es cierto que si una persona cuenta con los medios para ello, puede con mayor facilidad realizarse y gozar de las artes, de la cultura, de la ayuda a los vecinos, de la vida en la comunidad, y del gozo espiritual.

Un distinguido profesor de economía, el doctor Benjamin Rogge, después de demostrar sin lugar a dudas que la economía de mercado es superior a cualquier otra noción de un sistema económico, sobre todo para la elevación del nivel de vida de los más pobres, concluyó así:

Mi posición a favor de la libre empresa no se basa exclusivamente en que es el sistema más idóneo para el mejoramiento del nivel de vida de las masas. Mi defensa de la libre iniciativa no es sólo por su eficiencia para organizar los recursos y su notable éxito en la promoción del progreso y del bienestar, sino, principalmente, por su afirmación de los valores morales fundamentales.

En el sistema social basado en la libertad para emprender, cada individuo, en última instancia, es responsable de su propia salvación, no solamente aquí y ahora, sino en el más allá; puesto que si un hombre prospera o fracasa en la vida económica es responsabilidad suya; cada cual tiene derecho a disfrutar del éxito que sea capaz de lograr y, por consiguiente, merece también el castigo que el fracaso conlleva.

Como consecuencia, resulta inhumano utilizar el poder del gobierno para quitar a unos lo que les pertenece y dar a otros lo que no les pertenece. El concepto ético que afirma la libertad del hombre y su consiguiente responsabilidad personal, halla pues, su verdadera expresión en el sistema capitalista de libertad de empresa⁶.

Comprendido así, resulta que el sistema que deja libre a la iniciativa individual es el que corresponde a la esencia moral del hombre. No es cues-

tión ideológica. Es la simple extensión natural de las facultades que Dios nos ha dado. Quienes no comprenden esto y conciben el orden social como un menú de "modelos" o de sistemas, colocan la naturaleza humana en un plano ideológico-político. Las distintas opciones, todas ya probadas por la humanidad a través de la historia en su búsqueda de la que le es natural, suelen ubicarse en un diagrama lineal. En éste se colocan "extremos" arbitrarios entre los que se da a la gente a escoger. Quienes utilizan ese método de análisis inducen al error, ya sea por su ingenuidad e ignorancia, o por su finalidad ideológica.

Con la idea del "extremismo de un lado y del otro" se ha reforzado un marco en el que toda posible decisión ya está en error. Sin embargo, la conclusión lógica de ese análisis parece sensata y prudente. Es por lo tanto, atractiva como una aparente opción para evitar el extremismo y la polarización que conduce a la violencia, y se señala como la opción por la paz.

En medio de la crisis de valores y del olvido de las lecciones más importantes de la historia, entre ellas las causas de la verdadera revolución que ha conducido a la liberación del hombre, han aparecido todas las formas posibles del compromiso: "el camino intermedio".

Ese es el más grave error de nuestros tiempos. Todas las formas del "camino intermedio" son eso mismo. Ello hace inevitable que se queden a medio camino: ni alcanzan el éxito económico y la prosperidad que podría lograrse, ni erradican las fuerzas que finalmente actúan en su propia destrucción.

Todavía hay mucha gente bien intencionada que cree que es posible el compromiso. La idea de que involucrar a los empresarios en el manejo de las empresas del Estado es la solución a su ineficacia conduce a la mal llamada "empresa mixta". La idea de que es posible combinar el dirigismo con la libertad conduce a la "economía mixta". En la ausencia de valores bajo la cual se hace ese análisis, no se dan cuenta de que el camino del compromiso desata fuerzas difíciles de corregir. "Así como el estadista demócrata que se decide a planificar la vida económica se verá pronto ante la alternativa de asumir poderes dictatoriales o abandonar sus proyectos, así el caudillo totalitario se verá en el corto tiempo ante el dilema de pasar por encima de los principios morales corrientes o fracasar. Esto explica por qué los hombres poco escrupulosos son los que cuentan con mayores oportunidades de éxito en una sociedad orientada hacia el totalitarismo"⁷.

Esa es la historia de este siglo. Pero no tiene por qué ser así. Es por todo lo anterior que defendiendo la libre empresa. En síntesis:

a) Porque produce el beneficio social a través de la superación natural de las personas, enalteciendo su dignidad.

b) Porque el bien común se alcanza a través de la cooperación voluntaria y pacífica, en refuerzo del derecho individual.

c) Porque logra una eficiente utilización de los recursos escasos, sobre todo de los recursos humanos.

Y por último,

6/ Benjamin Rogge. Conferencia dada en el Centro de Estudios sobre la Libertad, Buenos Aires, Argentina, en 1968.

7/ Friedrich A. Hayek. *Camino a la Servidumbre*, CEES, Guatemala, 1987. Edición original de 1947.

d) Porque permite alcanzar un más alto nivel de prosperidad y bienestar a un mayor número de personas, lo que a su vez alienta el espíritu generoso y de asistencia a los desvalidos.

Cada uno de ustedes es libre para escoger, cada uno es capaz de emitir juicios cuidadosos sobre lo suyo y su futuro. Y esa, al fin de cuentas, es la mejor demostración a favor de la libre iniciativa individual: La Libre Empresa.

“Quienes luchan por la libertad de empresa y la libre competencia no defienden los intereses de los ricos de hoy. Lo que quieren es que haya libertad para los jóvenes desconocidos que serán los empresarios de mañana, cuyo ingenio y creatividad hará más agradable la vida de las generaciones venideras”.

Ludwig von Mises
(1881-1973)